

COSMÓPOLIS

I

Un dilettante y un creyente.

Aunque la estrecha tienda, llena de libros amontonados y de papeles, dejaba al visitante el preciso espacio para poder moverse, y aunque dicho visitante fuese uno de sus parroquianos habituales, el viejo librero no se dignó levantarse de la banqueta en que estaba sentado en disposición de escribir sobre un pupitre movable. Apenas alzó la cabeza, cuyos largos cabellos blancos se desbordaban por debajo de un sombrero, en otro tiempo negro, de anchas alas, al ruido que produjo la puerta al ser

abierta y cerrada. Había mostrado al recién llegado una cara descarnada y arrugada de monomaniaco, en la que brillaban tras las redondas antiparras dos ojos de una malicia salvaje. Después el sombrero había vuelto á caer sobre el papel, en el que los ágiles y nudosos dedos, de uñas negras, trazaban, con un estilo digno de otra edad, líneas desiguales, y de aquel torso delgado y largo que cubría una chaqueta ya verdosa, había salido una voz, la de un hombre ahogado por una incurable laringitis, pronunciando por toda excusa, con marcado acento italiano, esta frase:

—Un momento, señor Marqués... Pero la musa no espera.

—Pues bien, yo esperaré, yo que no soy la musa. Inspírese usted, Ribalta, á su gusto,—respondió riendo aquel á quien el vendedor de libros viejos acogía de tan singular manera.

Estaba acostumbrado á las excentricidades de aquel original mercader. Pero en Roma—pues la escena tenía por teatro un cuarto bajo en el fondo de una de las calles más antiguas de la Ciudad Eterna, á algunos pasos de la calle de España, tan conocida de los viajeros;—en aquella ciudad que sirve de confluente á tantos que llegan de todos los puntos del mundo, ¿la impresión de extrañeza no se extingüía por la multiplicidad de los tipos singulares y anormales, naufragados y arrojados allí? Allí encontraréis revolucionarios como aquel grosero Ribalta, que acaban en un apacible decoro una existencia más accidentada que las más del siglo XVI. Nacido de una buena familia de Córcega, aquel personaje fué á Roma aún muy joven, hacia 1835, siendo en primer lugar seminarista. Casi á punto de recibir las órdenes, huyó para reaparecer en

1849 tan furioso republicano que fué condenado á muerte por rebelde cuando el restablecimiento del gobierno pontifical. Sirvió entonces de secretario á Mazzini, con el cual se malquistó por razones que no parecían hacerle mucho honor. Una pasión por una mujer muerta después, ¿le arrastró acaso á alguna falta de delicadeza en cuestión de dinero? Lo cierto es que, más radical y socialista cada vez, se encontró entre los mil combatientes de Mentana, sin que jamás Garibaldi hubiera podido vencer á su vista una repugnancia extrema. Desde 1870 regresó Ribalta á Roma, donde abrió una tienda de libros, si tal nombre puede aplicarse á semejante caverna. Pero es un librero *amateur* que os cerrará su puerta si le disgustáis. Habiendo heredado una pequeña fortuna, vende ó no vende, siguiendo su fantasía caprichosa ó las necesidades de sus compras; hoy os pedirá veinte francos por un grabado, por el que ha pagado diez sueldos; mañana os cederá á vil precio un libro precioso cuyo valor sabe. Gallófobo furioso no ha perdonado á su antiguo general la campaña de Dijon, ni á Víctor Manuel haber dejado el Vaticano á Pío IX. “La casa de Saboya y el Papado—dice en confianza y con voz ronca,—son dos huevos que nos será preciso comer en el mismo plato“. Y os habla de cierto pilar de San Pedro, donde un cartucho de dinamita tiene su sitio indicado. Si váis más adelante y le preguntáis por qué razón ha tomado el oficio que tiene, os suplicará que franqueéis una hilera de libros, de cartones y de infolios. Después os mostrará un cuarto inmenso, más bien tinglado, donde millares de libros en rústica se apilan á lo alto y á lo ancho de los muros, y os dirá:

—Aquí están las reglas de todos los conventos

de Italia, suprimidos. Yo escribiré su historia.—
Entonces os examina. Comprende que no sois un
espía mandado por el rey con el único fin de saber
los proyectos de su más peligroso enemigo, uno de
esos espías que le causan tanto miedo, que nadie



sabe desde hace veinte años
dónde duerme, dónde co-
me, dónde se oculta, quan-
do durante ocho días las
puertas de su tienda de la
calle Borgoñona se cierran.
Ha debido á su pasado de
terrible demócrata y á sus
ademanos clandestinos el
ser detenido cuando el aten-
tado de Passanante como
uno de los miembros de esos
Circoli Barsanti, á los que
un cabo rebelde y fusilado
ha dado el nombre. Pero re-
gistrando los polvorientos li-
bros del feroz librero, la
policía no ha descubierto na-
da más que una prodigiosa
cantidad de grotescos docu-
mentos en verso dirigidos
contra los piemonteses y los
franceses, contra los alema-
nes y la triple alianza, con-
tra los republicanos italia-
nos y los ministros, contra
Cavour y Crispi, contra la Universidad de Roma
y la Inquisición, contra los monjes y contra los ca-
pitalistas.

Uno de estos pasquines era, sin duda, lo que su

parroquiano le veía acabar pensando cuánto abun-
da Roma en paradójicas quimeras de esta clase.
En 1867 aquel mismo antiguo garibaldino cam-
biaba tiros en Mentana con los zuavos del Papa,
entre los que el Marqués de Montfanón, así se lla-
maba el visitante, se encontraba. Veintitrés años
habían bastado para hacer de los dos soldados
apasionados de entonces dos monomaniacos in-
ofensivos, de los que el uno vendía libros viejos
al otro. Aspecto como el del gentil hombre francés,
retirado allí para morir cerca de San Pedro, os sería
difícil encontrar. ¿Creeríais, al verle calzado con
gruesas botas, vestido con traje algo raído y un
sombrero redondo que cubría su cabeza canosa, que
estábais delante de uno de los elegantes de París
de 1864? Escuchad esta otra historia. Escrupulos
de devoción, nacidos después de una mortal enfer-
medad, arrojaron de golpe al parroquiano del café
Inglés y de las alegres comidas de entonces á las
filas de los zuavos pontificios. Su estancia en Roma
durante los cuatro últimos años del gobierno de Pío
IX, en aquella ciudad incomparable á la que el pre-
sentimiento del fin próximo de un Estado secular,
la aproximación del Concilio y la ocupación fran-
cesa daban todavía un carácter más particular, le
resultó encantadora. Todos los gérmenes de devo-
ción depositados en el gentil hombre por la educa-
ción de los jesuitas de Brugelette, acabaron de flo-
recer para producir abundante cosecha de virtudes
en los días de prueba, que vinieron demasiado pron-
to. Montfanón hizo la campaña de Francia con los
otros zuavos, y la manga vacía que se repliega en
el lugar de su brazo izquierdo atestigua con qué
valor se batió en Patay, en aquella carga sublime
en que el heroico general de Sonis hizo desplegar el

estandarte del Sagrado Corazón. Fué *duelista*, *sportman*, jugador, enamorado, y para aquellos de sus antiguos camaradas de placer que el azar lleve á Roma, no es ahora más que un devoto que vive pobremente, aunque conserva los restos de una gran fortuna, entre limosnas, oraciones, lectura... y una colección. Todo el mundo adquiere esta última monomanía en Roma, que es uno de los más asombrosos museos de la historia y del arte. Montfanón reúne documentos para escribir la historia de las hazañas de la nobleza francesa y de la Iglesia. Ciertamente que las mujeres de su tiempo, en el que era rival de los Gramont-Caderousse y de los Demidoff, no le reconocerían, ni él á ellas tampoco. ¿Pero están ellas tan alegres como él ha quedado? Tiene Montfanón los ojos azules que atestiguan su puro origen germánico y que alegran su rostro de pronunciadas líneas, uno de esos rostros de señor feudal, como se ven en los retratos colgados en las paredes de los monasterios. Un grueso bigote canoso, en el que flota un vago reflejo de oro, oculta á medias una cicatriz que daría á esta faz, un poco roja, un aspecto terrible sin la expresión de los dichos ojos, en los que hay una mezcla de fervor y de alegría; pues Montfanón es tan fanático sobre ciertos asuntos como jovial en otros. Si tuviese poder haría, sin duda, detener, juzgar y condenar en veinticuatro horas á Ribalta, por ejemplo, por el crimen de ser librepensador. Pero no poseyendo este poder se divierte con él, tanto más cuanto que el socialista descontento y el católico vencido tienen odios comunes. Aquella misma mañana se ha visto con qué indulgencia había soportado la falta de delicadeza del viejo librero, á quien miró por espacio de diez minutos sin incomodarse. Al fin el feroz

revolucionario pareció haber encontrado la punta de su epigrama, pues con malévolá sonrisa dobló cuidadosamente en cuatro partes la hoja, y la guardó en un cofrecillo de madera, cuya llave quitó, y enderezando su largo y delgado cuerpo dijo, sin pensar en excusarse:

—¿En qué puedo servirle á usted, señor Marqués?

—Primeramente ha podido usted leerme lo que ha escrito, viejo camisa roja —dijo Montfanón,— aunque sólo fuera para recompensarme por haber esperado con más paciencia que un embajador. Veamos. ¿A quién injuria usted en esos versos? ¿A don Ciccio y á Su Majestad? ¿No quiere usted responderme? ¿Acaso tiene usted miedo de que le denuncie al Quirinal?

—En boca cerrada no entran moscas,— respondió el antiguo conspirador, justificando este proverbio por el modo con que cerró su boca desdentada, donde, en efecto, no podía entrar en aquel momento no ya una mosca, sino ni un átomo de polvo.

—Bien dicho— respondió el Marqués riendo,— y esa es la frase que quisiera ver grabada en la fachada de todos los Parlamentos modernos. Pero entre sus versos y sus adagios, ¿ha tenido usted tiempo de escribir en mi nombre á ese revendedor de libros viejos que posee el último ejemplar de ese inencontrable libro sobre el proceso del bandido Hafner?

—Paciencia,—respondió el mercader.—Escribiré.

—Y mis documentos sobre el sitio de Roma por Borbón, esas tres actas notariales que usted me ha prometido, ¿las ha encontrado usted?

—Paciencia... Paciencia... —dijo el comerciante;

y añadió, mostrando con una cómica mezcla de ironía y desesperación el espantoso desorden de su tienda: —¿Cómo quiere usted que me entienda en este laberinto?

—Paciencia... Paciencia... —repitió Montfanón. —Hace un mes que no sale usted de esa canción. Si en lugar de componer ultrajantes versos se hubiera usted ocupado de su correspondencia, y si en vez de comprar siempre, clasificara usted ordenadamente ese montón, otra cosa sería. Pero —añadió, cesando de reír y con un gesto brusco, —soy un tonto en reprocharle á usted sus compras, puesto que vengo para hablarle de una de las últimas. El cardenal Guerillot me ha dicho que usted le ha enseñado el otro día un libro de horas interesante, aunque en mal estado, que ha descubierto usted en Toscana. ¿Dónde está?

—Héle aquí— dijo Ribalta, que, franqueando muchas pilas de volúmenes y apartando con el pie un enorme montón de cartones, mostró el cajón polvoriento de un armario vacilante.

Tomó del cajón, entre un laberinto indescribible de objetos, medallas antiguas, clavos, encuadernaciones vacías y grabados descoloridos, un estuche de cuero carecomido, sobre el que se veía un blasón medio borrado. Uno de sus broches estaba roto; y cuando el Marqués se puso á hojear el libro, pudo advertir que el interior no estaba mejor que el exterior. Algunas estampas habían primitivamente ornado la preciosa obra, pero ya estaban borrosas completamente. El pergamino amarillo estaba roto en varias partes. En una palabra, aquello era una ruina que el curioso gentil hombre examinó, sin embargo, con el mayor cuidado, mientras Ribalta, por aquella vez, se decidía á hablar.

—Una viuda de Montalcino me le ha vendido. Me ha pedido un precio enorme, y bien lo vale, por más que esté deteriorado, pues esas miniaturas son de Matteo da Siena, que las había hecho para el Papa Pío II Piccolomini. Repare usted en esa que representa á San Blás bendiciendo los leones y las panteras. Es la mejor conservada. Es muy buena.

—¿Por qué pretende usted engañarme? — interrumpió Montfanón con un nuevo gesto de impaciencia. — Sabe usted mejor que yo que estas miniaturas son muy medianas, y que ni de cerca ni de lejos recuerdan la factura de Matteo, y vea usted la prueba en la fecha 1554. Mire usted... — y con su única mano mostraba la fecha al mercader — como tengo buena memoria; no he olvidado que Matteo murió antes de 1500. Yo, que no soy un colegial— continuó con la misma brusquedad, — le diré á usted lo que el Cardenal le hubiera dicho, si hubiese usted pretendido engañarle con sus zorrerías como á mí. Mire usted esta palabra medio borrada que no ha sabido usted leer. Voy á descifrarla. Blaise de Mo..., y después una *c* con algunas letras que faltan, tres precisamente, que forman el nombre de Montluc con la ortografía de aquel tiempo, y la *b* trazada de un modo que hubiera usted podido comprobar en los archivos de Sienna. Y ahora, en torno de este blasón — y cerró el libro para detallar al otro, estupefacto, las armas apenas visibles de la cubierta, — ¿reconoce usted un lobo que primitivamente ha debido ser de oro y roeles? Estas son las armas que Montluc ha llevado desde el año 1554, en que fué nombrado ciudadano de Sienna por haberla defendido tan valientemente contra el terrible marqués de Marignan. Respecto al estu-

che—y le tomó á su vez para examinarle, — éstas son las medias lunas de los Piccolomini. ¿Pero esto qué prueba? Que en la época en que le fué preciso retirarse á Montalcino, Montluc dió su libro de horas, á modo de recuerdo, á alguno de aquella familia. El volumen habrá sido robado después, casi en seguida, y, en fin, reducido al estado en que ahora se encuentra. Este libro es todavía una prueba de que algo de sangre francesa ha corrido al servicio de Italia. Pero los que le han vendido, han olvidado esto como Magenta y Solferino. Usted no tiene memoria más que para el odio. Ahora que sabe usted por qué tengo deseo de poseer este libro de horas, ¿me le quiere usted vender en quinientos francos?

El librero había escuchado este discurso, haciendo gestos que indicaban sus ideas contradictorias. Por costumbre, sentía hacia Montfanón una especie de respeto mezclado de animosidad, por lo que le escocía haber sido sorprendido en flagrante delito de mentira. Preciso es añadir, para ser justos, que, al hablar del gran pintor Matteo y del gran Papa Pío II con ocasión del malaventurado libro, no había creído que el Marqués, tan económico de ordinario y que limitaba sus compras á los libros que se referían á la historia eclesiástica, tuviese el menor deseo de poseer aquel devocionario. Había alabado el objeto en la esperanza de algún rico ignorante al que explotar. Por otra parte, si el nombre de Montluc nada absolutamente le decía, no pasaba lo mismo con la directa y brutal alusión que su interlocutor había hecho á la guerra de 1859. Esta es la espina clavada siempre en el corazón de aquellos de nuestros vecinos de más allá de los Alpes que no nos quieren mucho. El orgullo del garibaldino no

quiso dejar pasar aquello, y con una brusquedad igual á la de Montfanón cogió el volumen, y gruñó mientras le movía entre sus dedos manchados de tinta:

— No le daría por seiscientos francos... No... no le daría.

— Es mucho, — repitió Montfanón.

— No, — continuó el otro, — no le daría. — Después, tendiéndole al Marqués, con furor manifiesto, dijo: — Pero á usted se le daré por cuatrocientos francos.

— Pero si yo le he ofrecido á usted quinientos, — dijo el comprador. — ¿No sabe usted que ya es un precio pobre para un objeto tan curioso?

— Tómeme usted por cuatro — insistió Ribalta cada vez más furioso; — ni un *sous* más, ni uno menos. Es el precio que me ha costado. Y usted tendrá sus documentos dentro de dos días, y el proceso Hafner esta semana. Pero ese Borbón que ha saqueado Roma — continuó, — ¿era un francés? Y ese Carlos Anjou que nos ha caído para hacerse rey de las Dos Sicilias, y ese Carlos VIII que ha entrado por la puerta del Pueblo, ¿eran franceses? Y Oudinot, ¿era francés? ¿Por qué venían á mezclarse en nuestros asuntos? ¡Ah! ¡Si fuéramos á cuentas! ¿Es que no os hemos dado á Mazzarin, Massena y Bonaparte, y otros tantos que han ido á morir en vuestro ejército en Rusia, en España y en otras partes? ¿Y en Dijón? ¿Es que Garibaldi no ha ido á batirse por vosotros estúpidamente? ¡Vaya usted... vaya usted!... Pero llévese su libro de horas, y buenos días... buenos días. Ya me lo pagará usted.

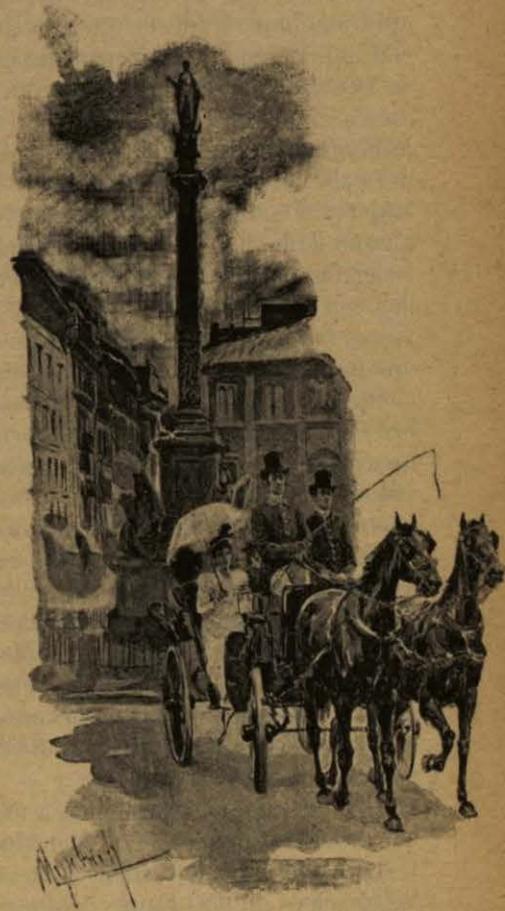
Y literalmente, puso al Marqués fuera de la tienda, gesticulando y arrojando los libros por el suelo. Montfanón se encontró en la acera de la calle Bor-

goñona antes de haber podido sacar de su bolsillo el dinero.

— ¡Qué loco, Dios mío, qué loco! — se dijo riendo.

Alejóse de la tienda, ligera y alegremente, con el precioso libro bajo el brazo. Después, como conocía á fondo esas naturalezas meridionales, mezcla de maldad y caballería, formando don Quijotes que ponen en acción sus molinos, se preguntó: "¿Cuánto habrá todavía ganado, después de hacer el caballero ante mí?" No sabía el Marqués hasta qué punto estaba justificada la pregunta, ni que Ribalta se había hecho con el devocionario en un lote de papeles de grabados y de libros viejos, cuyo total le importó veinticinco francos. Dos encuentros que tuvo al salir de la tienda, impidieron al Marqués meditar sobre este problema de psicología comercial. Habíase detenido un momento á la desembocadura de la calle para arrojar una mirada á la plaza de España, que le agradaba mucho en su calidad de viejo romano, como uno de esos rincones que no han sufrido grandes transformaciones con el transcurso del tiempo. Y con efecto, aquella mañana de uno de los primeros días de Mayo, la plaza estaba encantadora, llena de luz y de movimiento, con el color obscuro de las irregulares casas que la rodeaban, ya todas animadas, con la doble escalera de la Trinidad llena de perezosos, y con el agua que caía en el estanque en forma de barco colocado en el centro, uno de los innumerables caprichos de la fantasía de Bernin, ese decorador célebre que tuvo el genio de la fuente viva. A aquella hora, y en aquella claridad, la fuente, en efecto, parecía tan llena de vida como los ligeros merodeadores que corrían llevando al brazo cestas llenas de pálidas rosas, de

narcisos, de rojas anémonas, de frágiles climanes y de pensamientos sombríos. Con los pies desnudos, fulgores negros en los ojos y la súplica en los labios, andaban entre los carruajes, menos numerosos que en plena estación, pero, sin embargo, bien numerosos aún, pues la primavera se había retardado aquel año, y se anunciaba deliciosamente fresca. Montañón, católico ferviente, gozaba, ante el cuadro pintoresco de una hermosa mañana sobre la plaza más hermosa de su ciudad, el placer de acabar aquella impresión de un minuto por un sueño de eternidad. No tenía más que volver los ojos á la derecha, al co-



legio de la Propaganda, de donde parten todas las misiones del mundo. Estaba escrito, sin embargo, que el gentil hombre no había de gozar en paz ni del volumen obtenido á tan buen precio, y que apretaba bajo su único brazo, ni de aquella sensación tan romana; una repentina escapada á lo alto en mitad de una calle. Bastó para que su rostro se alterase, que un coche pasase cerca de él, coche lujoso, no obstante la hora matinal, arrastrado por dos caballos negros y en el que iban hablando dos mujeres. La una era visiblemente de clase inferior: alguna dama de compañía encargada de servir de rodrigón á la otra, una joven de belleza casi sublime, con grandes ojos negros que brillaban en un rostro pálido, de una palidez ardiente. Su perfil, de una pureza oriental, realizaba tan completamente el tipo de la belleza judía, que no dejaba duda sobre el origen hebreo de aquella criatura, verdadera aparición que parecía poseer el poder de arrastrar todos los corazones tras ella, usando la frase del poeta. Pero no; la jovial fisonomía del Marqués se había ensombrecido de repente, con una marcada expresión de malicia, al seguir con la mirada á aquella joven que se disponía á doblar el rincón de la plaza, al mismo tiempo que Montfanón cambiaba un saludo con un joven muy elegante, que conocía sin duda mucho al antiguo zuavo pontificio, pues se le acercó con familiaridad, diciéndole maliciosamente y en francés puro:

—Y bien; le he sorprendido á usted, señor Marqués Claudio-Francisco de Montfanón. Usted la ha visto; usted ha sido vencido. ¿Devoraba usted con los ojos á la divina Fanny Hafner? ¡Tiemble usted! Voy á denunciarle á Su Eminencia el Cardenal Guerrillot; y cuando usted le diga algo malo de su

encantadora catecúmena, yo estaré allí para atestiguar que le he visto á usted hipnotizado á su paso como los troyanos por Helena. Y bien cierto estoy de que Helena no tenía esta gracia tan moderna, esta alma en la belleza, ese ideal perfil, esa profunda mirada, esa boca soñadora y esa sonrisa... ¡Ah! ¡qué bella es! ¿Cuándo se hace usted presentar á ella?

—Si el maestro Julián Dorsenne — respondió Montfanón con el mismo aire picaresco—no pone más observación en su próxima novela que la que en estos momentos, compadezco á su editor. Venga usted aquí—añadió bruscamente, y arrastró al joven al ángulo de la calle Borgoña.—¿Ve usted cómo la victoria se detiene ante el número 13, cómo se apea la divina Fanny, como usted la llama? Entra en la tienda de Ribalta... No permanecerá en ella mucho tiempo... Ya sale... Vuelve á marchar en su victoria. ¡Lástima es que no pase por aquí de nuevo! Hubiéramos tenido la alegría de observar en su semblante claras señales del mal humor que la domina. Y ahora vea usted lo que iba á buscar allí—añadió con alegre sonrisa mostrando su compra.—Esto, que no podrá conseguir ni ofreciendo todos los millones que su honrado padre ha robado á los gogos de Viena. ¡Ah! ¡ah!—concluyó, riendo más fuerte.—Montfanón ha madrugado mucho, y no ha perdido su mañana. Y usted, señor observador, adivine lo que es esto que yo he sacado del museo de ese cómico,—añadió presentando el volumen á su interlocutor, al que miraba con el más gracioso gesto de triunfo que se puede imaginar.

—No tengo necesidad de mirar su libro,—respondió Dorsenne.—Pero sí, sí—añadió ante un desdenoso movimiento de cabeza de Montfanón;—en

mi calidad de novelista y de observador, puesto que usted me lo pone ante los ojos... Ya sé de lo que se trata. Es un libro de horas que lleva la firma de Montluc, y que el Cardenal Guerillot ha descubierto, ¿es exacto? Ha hablado de él á la señorita Hafner, y ha creído desarmar la animosidad que usted manifiesta por ella refiriéndole que Fanny sentía mucho entusiasmo por él y que deseaba comprarle. ¿Es cierto también? Y usted, mal hombre, se ha propuesto en seguida evitarlo. ¿No es verdad? ¡Y usted le tiene, mientras ella!... Anteayer hemos pasado juntos la velada en casa de la Condesa Steno, y Fanny me ha manifestado su deseo de poseer ese libro, sobre el que ha rezado ese gran soldado, ese gran creyente. En fin, ha tocado todas las cuerdas de la guitarra de las convicciones heroicas. Ayer debió ir á comprarle, pero la tienda estaba cerrada, y usted, indudablemente, también habrá ido... ¿es cierto? Y ahora que yo le he contado á usted esta historia punto por punto, ¿me quiere usted explicar la razón de una antipatía tan encarnizada y casi pueril—perdone usted la palabra, pero no se me ocurre más propio calificativo que éste—por una inocente joven que jamás ha hecho operaciones de Bolsa, y que no solamente es la suma caridad, sino que está en camino de llegar á ser tan devota como usted? A no ser por su padre, que no quiere oír hablar de conversión antes del matrimonio, sería ya católica. Cuando lo sea, bajo la protección de una Santa Claudia ó Santa Francisca, como usted lo es bajo la de San Claudio y San Francisco, preciso será deponer las armas, viejo conjurado, y reconocer la sinceridad de los sentimientos religiosos de esta niña que nada le ha hecho á usted.

—¡Cómo! ¿No me ha hecho nada?—interrumpió Montfanón.—Pero es natural que un escéptico no comprenda lo que me ha hecho, lo que me hace todos los días, no á mi persona, pero sí á mis ideas. Cuando, como usted, se ha aprendido la gimnasia intelectual en el circo de los Saint-Beuve, y de los Renan, se debe encontrar exquisito que el catolicismo, esa cosa tan superior, sirva de *sport* elegante á la hija de un pirata de la Bolsa que dirige sus tiros á un matrimonio aristocrático. También puede divertir su ironía que mi santo amigo el Cardenal Guerillot haga el tonto con esta intrigante. Pero yo, caballero, que he comulgado junto á un Sonis las mañanas de batalla, no admito que lo que fué la fe de aquel héroe y lo que es la mía, sirva para hacer entrar en el mundo á esa joven. No admito que se haga jugar un papel de bobo y de cómplice á un anciano á quien venero, y al que abriré los ojos, palabra de honor. Y en cuanto á esta reliquia—insistió mostrando de nuevo el libro—usted puede encontrar pueril que yo no haya querido que se la mezclase á esa vergonzosa comedia. Pero, no, no... No se la mezclará. No se mostrará con frases, con ojos anegados, con gestos almibarados, este brevario sobre el que rezó aquel gran soldado, sí, señor, aquel gran creyente. ¡Que ella no me ha hecho nada!—repetía acalorándose demasiado y con la cara roja.—¡Pues si ella y su padre son la quinta esencia de lo que odio más! La encarnación del mundo moderno, en el que nada existe más aborrecible que esos aventureros cosmopolitas que se las tiran de grandes señores con los millones adquiridos de mal modo en un golpe de Bolsa. En primer lugar, no tienen patria. ¿Qué es ese barón Justus Hafner, alemán, austriaco, italiano? ¿Es que usted

lo sabe? No tiene religión. El nombre, la cara del padre, la de la hija, todo los proclama como judíos, y son protestantes—por ahora al menos—en espera de hacerse cismáticos, musulmanes ó no importa qué. ¡Por ahora, cuando se trata de Dios! Tampoco tiene familia. ¿Dónde se ha educado ese señor? ¿Qué hacían su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas? ¿Dónde se ha enriquecido? ¿Cuáles son sus tradiciones? ¿Dónde está su pasado, todo lo que constituye al hombre moral? Busque usted, busque usted. Todo es tinieblas en este personaje, excepto esto que está muy claro: si hubiese habido jueces en Viena cuando el proceso del *Crédito Austro-Dalmate*, en 1880, estaría en la cárcel en vez de estar en Roma. Ha causado innumerables ruinas. Sé algo de esto. Mi pobre primo Saint-Rémy, que estaba cerca de Monseñor el conde de Chambord, ha perdido allí el pan de su vejez y la dote de su hija. Ese Hafner ha sido causa de algunos suicidios, entre otros el de un cierto Schröder, que se volvió loco y que se mató, después de haber matado á su mujer y á sus dos hijos. ¡Y el señor barón ha salido libre! Solamente diez años han transcurrido desde entonces, y ya se ha olvidado todo. Y cuando se ha establecido en Roma, ha encontrado las puertas abiertas, las manos tendidas, como las hubiera encontrado en Madrid, en Londres, en París, en toda Europa. Se va á su casa, se le recibe. ¿Y quiere usted que yo crea en la devoción de la hija de este hombre? No, mil veces no, y á usted mismo, Dorsenne, con su manía de la paradoja y del sofisma, á usted, que es bueno en el fondo, esas gentes le causan horror lo mismo que á mí...

—Pero no á todo el mundo—respondió el escritor, que había oído al Marqués con interés visible,

pero con sonrisa de hombre poco convencido.—Pero no á todo el mundo—repitió.—Me ha tratado usted de acróbata; y aunque no me enfado, porque sé que en el fondo usted me estima, déjeme al menos que le conteste. En primer lugar, antes de formar juicio en un negocio financiero, es preciso conocerle. Hafner ha sido absuelto. Me basta. El será el peor de los piratas, pero esto no impediría que su hija fuese un ángel. En cuanto á ese cosmopolitismo que usted le reprocha, no podemos estar de acuerdo, pues justamente es lo que me interesa en él. Sí, quiero decir que yo no creería haber perdido mis seis meses de estancia en Roma, aunque aquí no hubiera conocido á nadie más que á él. No me mire usted como si fuera uno de los dueños del circo de Beuve ó ese pobre Renán—continuó, dando al Marqués un golpecito en el hombro.—Nada hay que me interese más que esos seres que han pasado por dos, tres ó cuatro formas de existencia. Es mi museo; y, ¿quiere usted que le sacrifique una de mis más hermosas piezas? Y, además—y la malicia hizo brillar los ojos del joven—reproche usted cuanto se le antoje al barón Hafner; trátele de ladrón, de intrigante, de trapacero; de lo que usted quiera. Pero en cuanto á que no sepa dónde han vivido sus padres, yo le responderé como el Bonhomet de mi colega Villiers de l'Isle Adam cuando al subir al cielo le dice Dios: ¿Siempre bromista, Sr. Bonhomet? Y responde éste: „¿Y usted, señor?“ Y usted mismo, Sr. Montfanón. Porque usted ha nacido en Borgoña, de una antigua familia de Borgoña, emparentado con toda la nobleza de Borgoña, poseyendo un castillo en Borgoña, por lo que le felicito á usted. Y usted ha venido á establecerse á Roma desde hará pronto veinticuatro años, y clama contra esa *Cosmópolis* que usted maldice.

—En primer lugar—replicó el antiguo soldado del Papa, mostrando su brazo mutilado,—yo soy una excepción. Yo no vivo casi; yo acabo de morir. Y, además—y su rostro se exaltó de nuevo, y el fondo de su inteligencia, ciega á menudo, pero elevada, apareció de repente,—y después, mi Roma, nada tiene de común con la de M. Hafner, ni con la de usted, puesto que usted, según creo, viene á proseguir sus estudios comparados de teratología moral. Para mí, Roma no es la *Cosmópolis*, como usted dice; es la *Metrópoli*, es la ciudad natal. Usted olvida que soy católico ferviente y que aquí estoy en mi casa, en la patria de mi alma. Estoy aquí porque soy monárquico, porque creo en la antigua Francia, como usted cree en el mundo moderno, y la sirvo á mi modo, que si no es eficaz importa poco para el caso. Esta plaza de administrador de San Luis que he aceptado de Corcelle, es mi partido, y le sirvo, como serví en la guerra, lo mejor posible. ¡Ah! ¡Cómo deja sentir su grandeza aquí, la vieja Francia, y qué influencia tiene en la cristiandad! Esta es la cuerda que hubiese deseado oír vibrar en un escritor elocuente como usted, en vez de esa paradoja continua y ese sofisma. Mas ¿qué os importa esto á vosotros?—insistió casi dolorosamente.—¿Qué tienen los siglos de vuestra historia en los más pequeños rincones de esta ciudad? ¿Os late el corazón al ver sobre la fachada de esta iglesia de San Luis la salamandra de Francisco I y las flores de lis? ¿Sabéis siquiera por qué la calle Borgoñona se llama así, y que hay á dos pasos de San Claudio de los Borgoñones, nuestra iglesia? ¿Ha visitado, usted que es de los Vosgos, la de su provincia, San Nicolás de los lorenenses? Y Saint-Ives de los bretones, ¿la conoce usted? Pero—y su acento se tornó alegre—le

he hablado á usted con todo mi corazón, cuando para usted no se trata más que de una bagatela, y usted va á recibir su castigo porque no le suelto. Va usted á almorzar conmigo y hasta que llegue la hora vamos á recorrer esas iglesias que acabo de nombrarle. Durante este tiempo viviremos siglo y medio más atrás, en aquel mundo en el que no había ni cosmopolitas, ni *dilettantes*, ni gentiles hombres de escenario. Era viejo este mundo pero fuerte, y la prueba está en que ha envejecido, es decir, durado, y vuestra sociedad nacida de la Revolución, ya veréis dónde está dentro de cien años en Francia, en Italia, en Inglaterra, gracias á ese detestable Gladstone, del que el orgullo hace un nuevo Nabucodonosor. Es como la Rusia, esa sociedad que, conforme á la única bella frase del obsceño Diderot, está podrida antes de estar madura. Vamos, ¿viene usted?

—Con mucho gusto aceptaría—respondió el escritor, pues se equivoca usted si cree que no amo á la vieja Francia, lo que no impide que guste mucho de la nueva. Me gustan el bordeaux y el champagne á la vez. Pero no estoy libre. Debo visitar esta mañana la exposición del palacio Castagna.

—Usted no hará eso, exclamó el fogoso Montfación, cuyo rudo rostro expresó una de esas contrariedades que aliviaba con apasionados discursos cuando estaba con alguno por el que sentía cariño como lo sentía por Dorsenne.—¿Usted no habrá ido á ver asesinar al rey el 93? ¡Qué diablo! ¡Y casi tan trágica es esta almoneda de la antigua morada del Papa Urbano VII, el sucesor de Sixto VI! Es el comienzo de la agonía de lo que fué la nobleza romana. Ya sé que todos se lo merecen por no haberse hecho matar hasta el último sobre los mármoles del Vaticano cuando los italianos tomaron la ciudad.

Nosotros lo hubiéramos hecho; nosotros que no contábamos Papas entre los hermanos de nuestros abuelos, á no estar ocupados en batirnos. ¿No es una pena inmensa ver el martillo del tasador levantado sobre un palacio donde tienen siglos de historia? ¡Dios santo! Si yo hubiese heredado la sangre, la casa, los títulos de los Castagna, y me fuera preciso pensar que no dejaría tras mí nada de lo que habían amasado mis padres, le juro á usted, Dorsenne, que moriría de dolor. Y si piensa usted que ese desventurado mozo es un niño mimado de veintiocho años, rodeado de aduladores, sin parientes, sin consejeros, que ha jugado su hacienda en Bolsa contra bandidos de la honradez de Hafner, que todos los tesoros reunidos por esa serie de Papas, de Cardenales, de guerreros, de diplomáticos, irán á enriquecer á bolsistas perdidos y á innobles agiotistas, encontrará usted este suceso demasiado lamentable para mezclarse en él ni aun como espectador. Vamos, véngase usted á San Claudio.

—Repito á usted que me esperan,—respondió Dorsenne separando el brazo que su simpático amigo había ya cogido.—Es cosa muy agradable haberle á usted encontrado en mi camino antes de la cita que tengo. Yo, que soy apasionado por los contrastes, no he perdido la mañana. Tenga usted la paciencia de oír la enumeración de los personajes con quienes voy á unirme. No seré largo, pero no me interrumpa.—Usted se indignará luego si sobrevive al golpe. ¡Ah! ¿No quiere usted que yo llame á su querida Roma una *Cosmópolis*?—¿Pues qué dirá usted de la gente con la que dentro de veinte minutos visitaré el antiguo palacio de Urbano VII? Tendremos á su bella enemiga Fanny Hafner en primer lugar, y á su padre para representar un poco de

Alemania, un poco de Austria, un poco de Italia y algo de Irlanda... Sí... Parece que la madre del barón era de Rotterdam. No me interrumpa usted. Tendremos á la Condesa de Steno para representar á Venecia, y á su encantadora hija Alba para representar un rinconcito de Rusia, pues la crónica pretende que la Condesa la ha habido no del difunto Steno, sino de Werekiew Andre, ya sabe usted, ese que se mató en París hace cinco ó seis años, arrojándose al Sena, poco aristocráticamente, desde lo alto del puente de la Concordia. Tendremos un pintor, el célebre Lincoln Maitland, para representar América. Es el amante actual de la Steno, el que ha sustituido á Gorka durante el viaje de este último á Polonia. Tendremos á la mujer de este pintor, Lydia Maitland y á su hermano Florent Chaprón para representar un poco de Francia, algo de América y algo de Africa. Pues el abuelo era ese famoso coronel Chaprón, del que se hablaba en el *Memorial*, y que se marchó después de 1815 á hacerse plantador en Alabama. Este viejo gruñón ha tenido de una mulata un hijo al que ha reconocido y dejado no sé cuántos dollars. No me interrumpa usted, concluyo en seguida. Tendremos para representar á Inglaterra católica y aun á Polonia, á la señora Gorka, la mujer de Boleslas, y, en fin, á París, bajo la forma de un servidor de usted. Quisiera ahora poder llevarle á usted. Con usted, el caballero feudal, todo estaría completo.—¿Viene usted?

—¿Es este el golpe que quería usted dar á mi pobre cabeza cana?—dijo Montfanón.—Y el desgraciado tiene talento,—continuó hablando de Dorsenne como si éste no estuviera allí;—ha escrito diez páginas sobre Rodas, que parecen de Chateau-

briand, ha recibido de Dios los más hermosos dones: la poesía, el talento, el sentido de la historia, ¡y he aquí en qué sociedad se deleita! Pero, en suma, explíqueme usted qué placer puede encontrar, un hombre que vale lo que usted, frecuentando el trato de esa bohemia internacional, más ó menos vistosa, en la que ninguno está en su sitio, en su tradición, en su medio adecuado. No hablo ya de ese pirata de Hafner y de su hija, toda vez que usted tiene por ella, novelista de análisis como es usted, los ojos de Monseñor Guerillot. Pero esa Condesa Steno, con sus cuarenta años y su hija al lado, ¿no debería permanecer tranquila y vivir en su palacio de Venecia, honradamente, en vez de tener aquí esa especie de salón pasaje, por donde desfilan todas las truhane-rías de Europa, y de tomar amante sobre amante, un polonés después de un ruso, un americano después de un polonés? Y ese Maitland, ¿por qué no ha obedecido á la voz del único sentimiento bueno de su país, á esa aversión por la sangre negra, que hace que no se encuentren dos de sus compatriotas capaces del acto que él ha ejecutado, de casarse con una mestiza, aunque posea diez veces más millones que los que ella tiene? ¿Y qué diré de esa jóven? Si sabe que la engañan, el caso es afrentoso, y no lo es menos si no lo sabe. ¡Y esa señora Gorka, esa honrada criatura, pues creo que lo es, así como verdaderamente religiosa, que no ha notado durante dos años que su marido es el amante de la Condesa, y que tampoco advierte que lo es después de Maitland! ¡Y, en fin, esa pobre Alba Steno, niña de veinte años, que se pasea al través de semejantes intrigas! ¿Por qué Florent Chaprón no impide el adulterio del marido de su hermana? Yo le conozco. Fué á verme con motivo

de un monumento que hizo elevar á San Luis en recuerdo de un primo suyo. Hace muy bien el papel de tonto en esa siniestra comedia á que usted asiste; usted, que está al tanto de todo sin que á su corazón le repugne...

—Pero, perdone usted, —interrumpió Dorsenne.—No se trata de eso. Usted olvida la cuestión. ¡Qué placer encuentro en este humano museo que acabo de describirle! Yo se lo diré á usted, y no hablemos de moral cuando se trata de una pura cuestión de inteligencia. A mí, señor conjurado, me gusta observar la vida y comprenderla, y entre todos los espectáculos que ella puede suministrar no conozco ninguno más sugestivo, más particular, más moderno que este de que le hablo. Se encuentra usted en un salón, en la mesa, con una partida como esta en que me voy á encontrar esta mañana. Está usted con unas diez personas que hablan la misma lengua, usan iguales trajes, han leído el mismo periódico por la mañana y creen tener las mismas ideas y sentimientos. Solamente que han venido de diversas partes del mundo. Usted las estudia con lo que sabe de su herencia y de su origen, y poco á poco, bajo el barniz del cosmopolitismo, ve usted aparecer la raza, la indestructible raza. Bajo la dueña de casa, muy elegante, bien educada, como lo es la señora de Steno, descubre usted á la heredera de los Dux, la patricia del siglo XV, con una energía en el deseo y un candor en la inmoralidad incomparables, mientras que en un Florent Chaprón ó una Lydia descubre usted al esclavo primitivo, al negro hipnotizado por el blanco, al ser que han fabricado siglos de servidumbre, y en una señora Gorka reconoce usted, bajo la amabilidad sonriente, el verdadero fanatismo de

los puritanos ingleses, y tras los refinamientos de artista de un Lincoln Maitland encuentra al *squatter* robusto y brutal, como en Boleslas Gorka toda la irritabilidad nerviosa del eslavo que ha arruinado la Polonia. Estos rasgos de las razas apenas son visibles en el civilizado que habla correctamente tres ó cuatro idiomas, que ha vivido en París, en Niza, en Florencia, aquí, la misma vida elegante, tan vanal en apariencias y tan monótona. Mas como la pasión sea tocada, y el hombre bien herido en el fondo, aparece el conflicto de caracteres y casi de especies, tanto más asombroso cuanto de más lejanos países son las gentes puestas de este modo unas frente á otras. Entonces se originan esos dramas que hacen del ángulo de un salón un verdadero campo de batalla donde las razas luchan. Y vea usted —concluyó riendo,— he pasado seis meses en Roma casi sin ver romanos, ocupado en observar esa mezcla de tribus que tanto le subleva á usted. Veinte veces tal vez he estudiado este punto, y lo estudiaré sin duda otras veinte; pues siendo todo producido por el azar de encuentros, ninguno de ellos se parece á otro. ¿Será usted indulgente conmigo ahora que me ha hecho disertar en este rincón de la plaza como un héroe de novela?—Vaya... adiós.

Montfanón había escuchado este discurso con gesto verdaderamente notable. En la soledad religiosa en que acababa de morir, como él decía, ningún placer era más vivo para él que las discusiones de ideas. Pero llevaba á ellas el fuego del hombre que siente con ardor extremo, y con el *dilettantismo* mitad irónico de Dorsenne quedaba desconcertado hasta el sufrimiento algunas veces, tanto más cuanto que el escritor y él tenían algunas teorías comu-

nes, especialmente en el cuidado extremo por la herencia y la raza. Pero sentían por ello una emoción tan diferente, que esta comunidad de doctrinas irritaba al viejo gentil hombre tanto como le atraía. Un gestecillo de descontento crispó su rostro expresivo. Hizo castañear su lengua con mal humor no disimulado, y le dijo:

—Una última pregunta. ¿Y el resultado, el objeto de todo eso? En una palabra: ¿á qué le lleva á usted su observación?

—¿A qué quiere usted que me lleve? A comprender, como le he dicho— respondió Dorsenne.

—¿Y después?

—No hay después en el pensamiento,— respondió el joven— Este es un vicio como otro cualquiera.

—Pero entre esa gente que ve usted vivir de ese modo, —continuó Montfanón después de un instante de silencio,— ¿habrá alguno al que usted quiera, ó que odie, ó que desprecie? ¿No ha tenido usted nunca la idea de que, con su gran inteligencia, tiene algunos deberes para con ellos? ¿Que puede usted ayudarles á valer más?

—Ese es otro motivo de discusión, del que trataremos otro día, pues ahora tengo miedo de retrarme. Adiós.

—Adiós,— dijo el Marqués con manifiesto disgusto, por separarse de su interlocutor. Después añadió bruscamente:— No sé por qué le quiero á usted tanto, pues en el fondo usted también encarna uno de los vicios del espíritu que más horror me causan, ese *dilettantismo* puesto en moda por M. Renán y que es el fondo de la decadencia. Pero usted se curará, lo espero. ¡Es usted tan joven!— Después, volviendo á su jovialidad, añá-

dió: —Diviértase usted mucho... Y ahora que recuerdo, tengo que darle á usted una comisión para uno de los comparsas de su gente. ¿Quiere usted decir á Gorka que he descubierto ya el libro que me había pedido antes de su partida acerca de la nobleza de su país?

—¿A Gorka?— respondió Julián; —¡pero si está en Varsovia hace tres meses por negocios de familia! Acabo de contarle á usted que este viaje le ha costado su querida.

—¡Cómo!— dijo Montfanón.—¡En Varsovia! Le he visto esta mañana, como le veo á usted, que pasaba en coche ante la fuente del Tritón; y si no hubiese yo tenido prisa por llegar á casa de ese jacobino de Ribalta para salvar el Montluc, le hubiera detenido.

—¿Está usted seguro de que Gorka está en Roma?... ¿Boleslas Gorka?— insistió Dorsenne.

—¿Qué hay en esto de particular?— dijo el Marqués, que continuaba en su tono burlón.—Es natural que no quiera permanecer mucho tiempo ausente de una ciudad donde tiene á su mujer y á su querida de ayer, de hoy ó de mañana. Supongo que su esclavo de usted y su anglosajón comparten sus sensaciones venecianas con un *dilettantismo* á la moderna. Esto sería muy cosmopolita. Adiós. Transmítale usted mi mensaje si le ve, y además— y su rostro expresó de nuevo la infantil alegría que le producía el golpe causado á quien tan poco quería, —y además no deje usted de decir á la señorita Hafner que la hija de su papá no tendrá jamás este libro. ¡No, no es para intrigantes este Blaise de Montluc, este caballero de Montluc, el hombre del Sienne y de Rabastens!

Y riendo como un colegial escapado, apretó el

libro bajo su brazo, más enérgicamente aún, repitiendo:

—¡Ella no lo tendrá! ¿Comprende usted? ¡No lo tendrá!

